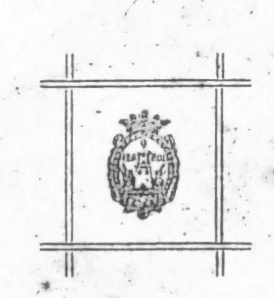


BIBLIOTECA DEL "CENTRO OBRERO DE CULTURA"

DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA VELADA CELEBRADA EL 20 DE MARZO DE 1928, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOCAL DEL "CENTRO OBRERO DE CULTURA", POR EL SEÑOR

D. Manuel Fernández Barreiro



TALLERES TIPOGRÁFICOS DE
EL CORREO GALLEGO





BIBLIOTECA DEL "CENTRO OBRERO DE CULTURA"

DISCURSO



PRONUNCIADO EN LA VELADA CELEBRADA EL 20 DE MARZO DE 1928, CON MOTIVO DE LA INAUGURACIÓN DEL NUEVO LOCAL DEL "CENTRO OBRERO DE CULTURA", POR EL SEÑOR

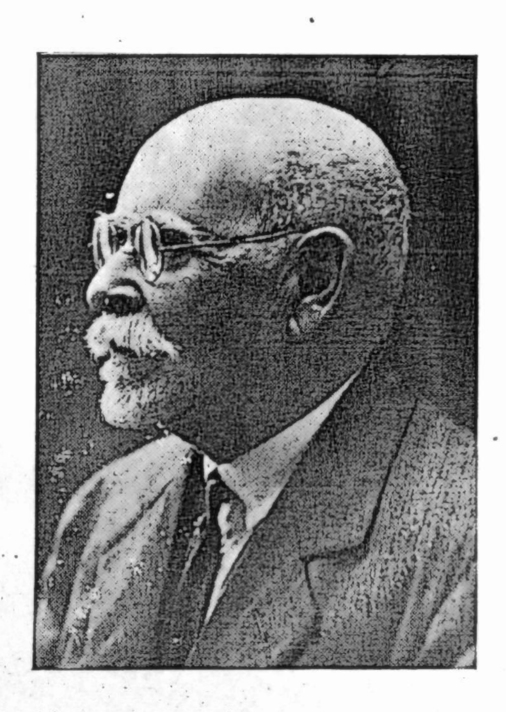
D. Manuel Fernández Barreiro



TALLERES TIPOGRÁFICOS DE
EL CORREO GALLEGO


Ateneo Ferrolán





A D. SANTIAGO DE LA IGLESIA

venerable maestro que con su magistral palabra puso broche de oro a esta velada, y cuyo delicado estado de salud fué causa de que no figurase en este folleto su brillante Conferencia.

Nosotros, los humildes, no podríamos atinar con el encomio adecuado a los méritos de tan esclarecido cerebro; y, por ello, al dedicarle este trabajo—de acuerdo con su autor—, con él van el más sincero reconocimiento y el más rendido afecto del

Centro Obrero de Cultura



SEÑORES:

Hemos venido aquí a congratularnos de que una modesta colección de libros, reunida con generoso esfuerzo por los fundadores del Centro Obrero de Cultura, haya logrado el milagro de permanecer a través de vicisitudes y de estrecheces y el más difícil todavía de engrandecerse constantemente hasta encontrar pequeño el lugar que la contenía. Ya tiene ahora el Centro de Cultura espacio más amplio para guardar sus libros y para la relación de éstos con los lectores... Felicitémonos de ello y felicitémonos asimismo de que la inauguración de su nuevo local haya coincidido con la fecha en que se cumple el centenario del nacimiento de Enrique Ibsen, espíritu fuerte y austero cuya elevada independencia, que es la principal característica de su obra, tiene que merecer sinceros respetos para los que creemos de buena fe que, sin las nobles rebeldías de la inteligencia, no sería posible el progreso humano.

Con toda mi patente insignificancia, yo no podía negarme a aceptar la invitación que se me ha hecho de tomar parte en este acto: Soy un lector constante y fervoroso; muchas tristezas y no pocos desalientos míos han ido a disolverse y a fortificarse entre las páginas impresas que jamás me negaron su acogida



cordial. Mi gratitud a los libros y mi condición de lector infatigable es lo único que puedo invocar, por tanto, ante vosotros... Mal podía venir aquí con mi sabiduría siendo, como soy quizás, el más ignorante de todos: Vengo, sencillamente, con mi amor a ella, y sólo quisiera poner en estas palabras toda mi pasión por la lectura, para transfundírosla a vosotros y para comunicaros el entusiasmo, el respeto y, sobre todo, la esperanza que siempre trae para mí el libro nuevo que llega a mis manos.

Rodeándonos con fraternal confianza, están junto a nosotros estos centenares de volúmenes que ha logrado reunir el Centro Obrero de Cultura. Ocupan todos, con igual consideración, un lugar en la modesta estantería, sin someterse a otras clasisificaciones ni preferencias que las que impone la ordenación de materias. No hay aquí, por consiguiente, más que *autores* y *obras*. La inmensa mayoría de los autores han traspuesto ya los linderos de la vida y poco se recuerda de lo que han sido en ella; sólo se tiene en cuenta *lo que han escrito;* y aunque un espíritu curioso vaya, tal vez, a inquirir detalles de esas existencias desaparecidas, para la generalidad de los lectores lo único importante será las ideas que el libro contenga sin que pretenda saber mucho acerca de quien las ha sustentado. Por eso junto al libro que fué quizás la obra de unos días o tal vez de unas horas de inspiración genial, puede alinearse muy bien otro que represente muchos años de pacientes vigilias, de meditaciones dolorosas, de largos y austeros aislamientos... Junto a la obra del príncipe o del gran señor,



acaso encontremos la del esclavo: Epicteto junto a Montaigne; al lado de La Rochefoucauld, que vivía en un palacio, pudieran hallarse colocados Cervantes o Silvio Pellico, que escribieron en la prisión; junto a la *Historia del Racionalismo,* escrita por Lecky cuando apenas contaba veintisiete años, podrá encontrarse también sin extrañeza la *de la Civilización en Inglaterra,* en la que invirtió su viejo autor diez horas diarias de trabajo durante diez y siete años... La muerte y el olvido han borrado todas estas diferencias: lo que importa es la obra; lo que queda es la obra. Príncipe o esclavo, meditador paciente o improvisador genial, ya no podremos considerarlos a todos sino como a obreros de la inagotable cantera de las ideas, que la modesta piedrecita y el bloque formidable materiales son, en suma, confundidos en el edificio; en este edificio de la cultura humana cuyos cimientos han de ir a buscarse en edades separadas de la nuestra por algunos miles de años.

Por eso nos parece justa y simpática la igualdad niveladora de una biblioteca y hasta esa rígida simetría de los estantes, que no permite que ningún libro sobresalga de la altura determinada por ellos. ¿Con qué derecho había de sobresalir?... El grande y el pequeño esfuerzo; las ideaciones tímidas o las teorías amplias y vigorosas, apenas pueden diferenciarse junto a la medida ingente de la ignorancia humana.

Difícil nos sería esclarecer ahora si han sido la vanidad y el orgullo los sentimientos que impulsaron al hombre a buscar para sus ideas expresión más permanente que la palabra o si fueron de me-

jor calidad los móviles que le determinaron a ello; pero poco ha de importarnos en fin de cuentas: Por cauces bien distintos van llegando al mar los ríos; claros y limpios los unos; revueltos y sinuosos los otros; pero el mar los aguarda a todos en su término y en el mar se libertan y se confunden todos... La evolución humana no ha podido tampoco escoger sus caminos: de las necesidades más bajas tuvieron que surgir elevados afanes y de las pasiones más torpes pudieron nacer los sentimientos más delicados, que para que existiese la compasión ha sido absolutamente preciso que el dolor y el llanto se anticipasen a ella.

Por eso llegará, tal vez, un tiempo en que los hombres consideren con igual amor todas las actividades de sus predecesores. En el crisol inmenso de la vida las aportaciones del bien y las del mal se van mezclando y confundiendo para dar el producto purificado... ¡Cuántas cosas, que hoy estimamos como buenas, habrán de quedar entre la escoria inservible, y cuántas otras que nos parecen, en cambio, despreciables, surgirán en la superficie, llenas de prestigio y de vida!...

Pero, hablemos del libro.

En pie todavía, desafiando la ley destructora de los tiempos, existen unas piedras venerables en las cuales fué dejando el hombre de las antiguas civilizaciones unos signos extraños: Figuras humanas y de animales; representaciones habilísimas de armas y de utensilios; líneas de una gracia y de una variedad maravillosas, en esos



signos buscaron su permanencia los remotos orígenes de nuestra cultura. Y han sido precisos infinitos milagros de paciencia, de voluntad y de talento para que pudieran sernos entregados los secretos de esas piedras, y, con ellos, el mensaje cordial de aquellos pueblos en los cuales la civilización, cuyas profundas raíces escapan todavía al conocimiento histórico, pudo ya dar frutos de sorprendente madurez.

En esas piedras, repetimos, quedaron grabadas para conocimiento de otros hombres las ideas de aquellos que les precedieron millares de años en sus luchas por las conquistas materiales y por las otras conquistas, más nobles, de la inteligencia; pero no es en ellas, ciertamente, donde podemos situar los orígenes del libro: El medio por el cual había de dársele a las ideas, no sólo la permanencia, sino también la difusión que caracteriza principalmente a la hoja impresa, fué a encontrarlo el hombre de las viejas civilizaciones en el escondido corazón de un arbusto...

Le hacemos bien poca justicia a la Naturaleza cuando registramos las luchas del hombre contra ella; esas luchas cuya relación constituye, como dijo Michelet, uno de los principales motivos de la Historia. Nos olvidamos con frecuencia de que es la Naturaleza misma la que nos proporciona los elementos materiales con que ha de ser vencida... Enemiga generosa, que no dilata sus derrotas más allá de lo que quieren dilatarlas la inteligencia y la voluntad del hombre, en ella encuentra éste siempre las armas del triunfo. De todas estas armas bien puede decirse que ha sido una de las más eficaces esta hojita sutil escondida en el corazón de una planta oriental... Y fueron las aguas del Nilo las que ungieron estas hojas; las que las

unieron entre sí para darles consistencia; las que las dotaron de un prestigio sagrado... El primer elemento perpetuador y transmisor del pensamiento humano ha sido, por consiguiente, un don del árbol y del río; un don de la Naturaleza, hostil al hombre muchas veces, es verdad; pero auxiliar eterna de sus esfuerzos y de sus conquistas.

El hombre, que no siempre es ingrato, ha sabido reconocerlo así; y acaso uno de los primeros empleos que les dió a las delgadas "phyliras" fué el de perpetuar los inspirados acentos de su gratitud al Nilo, bienhechor y fecundo: *Salud a ti, Hapi, que naces en esta tierra y llegas para dar vida a Egipto; que te extiendes por los vergeles que Ra crea, para darles vida a todos los que tienen sed...* ¡Para darles vida a todos los que tienen sed!—podríamos decir nosotros, glosando el himno conservado por el *Papiro Salio*—: Sed de agua que refresque sus fauces abrasadas por el sol y por las fatigas; sed de ciencia que satisfaga y encauce las nobles apetencias de su espíritu ...

¿Y qué decían estas hojas, desenterradas de un abismo de miles y miles de años por el esfuerzo de unos sabios investigadores?... ¿Contenían acaso palabras desligadas y yertas; palabras vacías de sentido y desprovistas de jugo espiritual?... No, por cierto: Escuchad por de pronto todo un escrupuloso sistema de moral, en forma de confesión negativa: *Me presento a Ti, Señor de Verdad y de Justicia, para contemplar tus perfecciones. No cometí ningún fraude contra los hombres; no atormenté a la viuda; no mentí ante el Tribunal; no hice ejecutar diariamente a un capataz de trabajadores más trabajo del que debía hacer; no hice padecer hambre; no hice llorar; no maté; no quité la leche de la boca de los infantes;*

no cortó ningún brazo de agua a su paso... ¡Soy puro!

¿Sabéis vosotros, los que os contentaríais con que estas normas las llevásemos hoy en el corazón todos los hombres, cuándo han sido escritas estas palabras del "Libro de los Muertos"?... Pues hace más de cuatro mil años... dos mil años antes de Jesucristo.

Escuchad más: Escuchad unos párrafos de las "Advertencias y Amonestaciones a un Discípulo": *Te pongo en la escuela con los niños de los grandes para educarte e instruirte. Despierta. Los libros están ya delante de tus compañeros. Pon tu mano en tus vestidos y busca tus sandalias. Coge tu tema del día... Cuando hagas cuentas de cabeza, que no se te oiga ni una palabra. Escribe con tu mano y lee con tu boca. No pases ningún día en la ociosidad o ¡ay de tus miembros!...*

Cerca de cuatro mil años hace también que fueron escritas esas advertencias cuyo empleo no podría desdeñar honradamente ningún pedagogo de nuestros días... Pero, escuchad aún: *Me dicen que abandonas la escritura y que te entregas a diversiones; que andas de calleja en calleja buscando tu perdición, allí donde huele a cerveza... La cerveza aparta de ti a los hombres y hace que se destroce tu alma. Eres como un remo roto, que no rema en ningún sentido. Eres una capilla sin Dios o una casa sin pan... Si supieras que el vino es una calamidad y jurases no probar la bebida del "schedeh", y no pusieses el jarro sobre tu corazón!... Vacilas y caes sobre tu cuerpo: Estás completamente enlodado...*"

Escuchad, por último, este fragmento de "La lucha del cansado de la vida con su alma", y acoged en vuestro corazón toda la amargura que se des-



prende de sus palabras: "*¿A quién le hablaré hoy?*— dice el cansado de la vida—. *Ha muerto la dulzura y la arrogancia anida en todos los hombres. Todos se apropian los bienes ajenos y el desgraciado se consuela con el desgraciado, porque el hermano se ha convertido en enemigo. ¿A quién hablaré hoy?... Cuando un hombre se indigna por alguna maldad, tórnase objeto de irrisión para las gentes. Los buenos son tratados como enemigos. ¡Camino por el mundo cargado de miseria, y no tengo un amigo!*

Ahí tenéis lo que significan algunos de esos extraños ideogramas que la paciente laboriosidad de unos investigadores ha ido desenterrando para admiración y tristeza de los hombres de nuestro tiempo... Para admiración y tristeza he dicho: Hace más de cuarenta siglos que la voz grave de la inteligencia llamaba a los sentidos para dignificarlos y ennoblecerlos, y, sin embargo, las sociedades humanas del presente no pueden decir que se hayan desarraigado en sus entrañas aquellos egoísmos, ni aquellos dolores, ni aquellas injusticias, ni tampoco aquellas ignorancias que conmovían la voz del pobre egipcio cansado de la vida. Aún son precisos hoy los mismos consejos al discípulo y las mismas advertencias al vicioso, y todavía quedan por las sendas del mundo infinitos desventurados que tienen que decirle a su alma: ¿A quién le hablaré hoy?... ¡Camino por el mundo cargado de miseria, y no tengo un amigo!

Pero claro está que la tristeza no ha de servirnos, en este caso, de desaliento, sino de estímulo. El mundo no se detiene. La vida marcha inevitablemente hacia la aclaración de su misterioso sentido. En el proceso larguísimo—infinito, acaso— de la evolución humana, cuatro mil años son una

insignificante cantidad de tiempo... Al espíritu reflexivo ha de bastarle, para su consuelo, la convicción de que existe un progreso en el alma de la humanidad, por lenta y dolorosa que haya sido su conquista; y esa convicción ya no puede faltarle a nadie. Está bien que nos estristezcamos considerando que el hombre ha necesitado, por lo menos, cincuenta mil años para descubrir que la tierra giraba alrededor del sol; pero algo debe significar para nosotros y para nuestras esperanzas que nada ni nadie hayan podido impedir que lo descubriese de evidente manera...

Y como es casi siempre imposible separar de la impaciencia la congoja y el desánimo, haremos bien en no impacientarnos aunque no encontremos una explicación inmediata para la vida del hombre y para los destinos de la grey humana. Ya llegarán algún día para esta grey las horas de la luz; tanto más pronto acaso cuanto más fraternal sea su relación y más elevados los fines que la establezcan.

Pongamos, por lo tanto, nuestra visión más allá del presente. Así nos lo enseña el pasado, que es nuestro mejor maestro; como nos enseña también que no hay nadie que pueda eximirse de recorrer su camino de luchador, si no quiere resignarse a ser una célula muerta en el organismo, vivo e inquieto, de la Humanidad. "Ser hombre—ha dicho Goethe—es saber combatir"; y ya se supone a qué clase de combates tenía que referirse tan noble y adelantada inteligencia.

Y volvamos al libro...

En una de esas encuestas o informaciones que suelen hacer los periódicos, se les preguntaba, hará veintitantos años, a varios prestigiosos intelectuales españoles qué medios debieran ponerse en práctica para regenerar el país. Salmerón, lleno de años y de desengaños, con un pie en los umbrales de la eternidad, respondía brevísimamente a este interrogatorio desde su cátedra de la Universidad Central.

Se pedían tres remedios y el viejo luchador contestaba con tres palabras que eran, por consiguiente, una sola: INSTRUCCION... Discurriendo de buena fe y dejando a un lado prejuicios o razones acaso demasiado prácticas, no queda otro remedio que coincidir con aquel sereno espíritu; porque el mejoramiento de un pueblo, si ha de ser efectivo y no aparente o transitorio, sólo puede buscarse en la modificación de su contenido espiritual. Mal podía ignorar Salmerón la necesidad indeclinable de ordenar y de armonizar las infinitas actividades humanas, ni tampoco la imposibilidad de someter a un sistema único y exclusivo las exigencias y las inquietudes todas de la vida; pero quería decir claramente que, sin hacer hombres mejores, tendrían que ser improvisadas, artificiales y efímeras cuantas medidas de regeneración se intentasen y se practicasen en el orden social; quería decir que el pensamiento cardinal de los gobernantes tenía que ser el de levantar el nivel de cultura de su pueblo; el de mejorar el corazón y el alma del conjunto; el de esforzarse en derivar gran parte de la energía humana hacia empeños más elevados que los de la satisfacción de apetencias instintivas, porque con



ello había de facilitarse automáticamente la ordenación y el gobierno de éstas.

Por eso Salmerón, que amaba la Libertad y la Justicia como aspiraciones supremas, no pedía Libertad ni Justicia para su pueblo; pedía solamente Instrucción, porque consideraba lógicamente que, contenido inevitablemente en ella, había de venir todo lo demás.

En la Instrucción tiene que estar en efecto lo que nos haga verdaderamente libres; lo que nos haga verdaderamente sencillos y justos; lo que nos vaya apartando poco a poco de tantas actividades inconscientes; lo que nos impida seguir en el rebaño pasivo o quedar a la zaga del rebaño llenos de desaliento y de tristeza. Pero claro está que no hemos de entender por instrucción el amontonamiento irreflexivo y desordenado de nociones librescas, ni la cultura rutinaria que suele proporcionarnos una buena memoria con quebranto casi siempre del equilibrio que debe reinar entre todas las facultades del espíritu; sino los conocimientos sustanciales que ha de adquirir el hombre *por sí mismo,* en contacto consciente con la vida y con los libros. Ingerir alimentos nos serviría de bien poco si no aportase nuestro organismo las actividades adecuadas para transformar esos alimentos en jugos vitales. Nuestras lecturas y nuestros estudios tampoco podrían modificar sensiblemente nuestra calidad intelectual si no hubiesen sido concienzudamente digeridos.

Por eso el hombre no debe entregarse jamás sin lucha al libro que tiene entre las manos. Si ese libro no es un manantial de sugestiones que estimulen nuestras ideas propias; si no es un resorte

que haga vibrar nuestro pensamiento y lo decida a la discusión o a la conformidad razonada y serena con su contenido, no es nada o es bien poco.

Una biblioteca ha de ser por consiguiente un campo de batalla; de batalla leal, silenciosa, incruenta; pero ruda, sin embargo, y aún dolorosa muchas veces... Tenemos que ir dejando en ese campo nuestros errores; tenemos que ir ganando, en cambio, nuestras humildes victorias... Cuando uno es un luchador sincero, sale siempre de esas batallas ennoblecido, pero jamás orgulloso, porque no hay nada que deba hacernos más comprensivos y, por lo tanto, más justos y más cordiales que aquello que va acercándonos algo, por poco que ello sea, a la sabiduría. Cada verdadera adquisición de nuestra inteligencia, al mismo tiempo que enriquece nuestro espíritu, tiene que hacernos comprender cuánta es nuestra insignificancia, y, sobre todo, tiene que inclinarnos a modificar generosamente nuestros sentimientos para con los demás, al convencernos de que son tan sutiles las diferencias de calidad que pueden existir entre los hombres, que difícilmente podrían discernirse en pura justicia.

Pongamos nuestra firme esperanza en el libro por su condición de guía y de estimulante del pensamiento propio. Ya queda muy lejos el papiro, de escasa y difícil difusión... Ya van quedando lejos también aquellos códices medievales que se ofrecían como regalo de inestimable valor ante el altar de un santo o ante el trono de un rey. Los libros están hoy al alcance de todas las manos: Ojalá puedan estar muy pronto al de todos los cerebros.

La vida es un crisol inmenso... Para la producción del papel en que se escribe o en que se imprime, ya no se recurre hogaño solamente a los dones generosos de los árboles: van también al batidero y al molino los desechos de aquello que ha servido para encubrir la pobreza o para adornar la vanidad del hombre: el harapo miserable se confunde con el vestido lujoso en las calderas purificadoras y de ellas no sale más que una hoja blanca que ha de llenarse de ideas... Para la producción del libro ya no existen tan sólo aquellas imprentitas sórdidas, escondidas vergonzosamente en la calleja solitaria de una urbe, animadas por actividades lentas y temblorosas... Las imprentas de hogaño son enjambres inmensos, con todas las ventanas abiertas a la luz. Es la ambición la que las mueve y las alimenta; pero en el producto no se advierte la impureza de los móviles que lo crearon, y bien podemos esperar, como aquel famoso personaje de Hugo, que sea "esto" lo que mate "aquello".

Y no habrá ningún hombre consciente, sea cualquiera el credo que lo guíe y el rumbo ideológico que haya seguido su pensamiento, que no tenga que alegrarse de la sustitución. Porque nadie que sea capaz de apartarse un instante del torbellino de los sentidos, puede dejar de querer una vida mejor, más sencilla y más armoniosa para la comunidad. Nadie que aspire a cumplir su destino inmediato puede negar su esfuerzo al empeño común de acelerar la evolución del hombre: "La Humanidad—ha dicho Herder—es el fin de la Naturaleza humana; y por ello ha puesto Dios en las manos de nuestra especie su propio destino".

He terminado.




Ateneo Fer